

EL URO DE LA BAHIA DE PUNO

Rodolfo Cerrón-Palomino

Pontificia Universidad Católica del Perú

“El último grupo de los uros de Puno [los ch’imus], ya bastante amestizados desde el punto de vista racial y cultural, está igualmente llamado a desintegrarse y desaparecer totalmente en una fecha muy próxima. Con sus tradiciones y su lengua, ha perdido las únicas fuerzas que lo habían protegido hasta aquí”.

Vellard (1954: VI, 116)

1. Propósito

Walter Lehmann, estudioso de las lenguas mesoamericanas, tras recoger datos sobre el uro de Ancohaque (La Paz), registrado previamente por Max Uhle en 1894, viaja al vecino departamento peruano de Puno, en cuya localidad de Ch’imu, situada a ocho kilómetros de la capital, tuvo la fortuna de registrar, por primera y única vez, la variedad hablada en dicho lugar (26 de octubre de 1929). En una larga velada de trabajo Lehmann pudo recoger una lista de alrededor de 304 elementos léxicos, incluyendo algunos fragmentos de paradigmas gramaticales, de labios de los informantes Florentino y Nicolás Valcuna, padre e hijo respectivamente. La variedad referida dejó de hablarse en el lapso de dos décadas, de manera que cuando Vellard viaja al lugar en 1951 se encuentra con que los lugareños, a lo sumo, hablaban “casi una jerga, mezcla de algunas palabras urus, de aimara y de quechua” (*cf.* Vellard, 1954: cap. VI, 113). Así, pues, el material registrado por Lehmann es el único con el que contamos para el uro de la Bahía de Puno, el mismo que permanece inédito hasta la actualidad (*cf.* Lehmann, 1937). En la ponencia llamamos la atención sobre la importancia de dicha documentación a los efectos de una

comprensión más cabal de la familia lingüística uruquilla y de la historia cultural de los pueblos que la hablaban.¹

2. Sobre el uro en general

Una de las familias idiomáticas andinas de otrora amplia cobertura geográfica, en parte semejante a la presentada por la quechua y por la aimara, es la uruquilla, más conocida como uru, representada en la actualidad por la única lengua que la sobrevive en la meseta boliviana de Oruro: la chipaya. Hablada en el siglo XVI por numerosos pueblos que habitaban a lo largo del eje acuático Titicaca-Coipasa, en las islas de los lagos y en las riberas del Desaguadero, la lengua fue siendo desplazada gradualmente por el puquina, el aimara y el quechua, en ese orden, a través de procesos de subordinación idiomática a favor de la lengua dominante del entorno. Caracterizados sus hablantes como “bárbaros”, por su condición precaria de cazadores y recolectores, su lengua fue igualmente estigmatizada desde tiempos prehispánicos por los pueblos que los sujetaron, especialmente por gente de habla aimara y quechua, y tras la conquista española, por los evangelizadores, quienes la consideraban indigna de ser empleada como medio de catequización. De esta manera, la lengua nunca fue objeto de registro ni menos de estudio, y hay que esperar hasta fines del siglo XIX, cuando apenas sobrevivía en zonas de refugio ante la fuerte presión de los pueblos de habla aimara, para que sea parcialmente rescatada del olvido en vísperas de su extinción definitiva.

En cuanto a su documentación tardía y fragmentaria, debemos señalar que las variedades sobrevivientes registradas fueron, en orden cronológico, la chipaya (Uhle, 1894; Posnansky, 1915; Métraux,

¹ Una primera versión del presente trabajo fue leída en el seno del V Congreso Internacional de Lenguas y Literaturas Indoamericanas (Temuco-Chile, 22-24 de octubre de 2014), cuyo organizador, don Mario Bernal Lillo, nos dejó para siempre exactamente al año de organizado el evento; vaya este modesto aporte como un tributo póstumo al colega y amigo. Aprovechamos esta oportunidad para manifestar que estamos sumamente agradecidos al doctor Peter Masson, por habernos apoyado gentil y desinteresadamente durante nuestro trabajo archivístico realizado en octubre-noviembre de 2001 en el Instituto Iberoamericano de Berlín, poniendo a nuestro alcance copias de los manuscritos de Lehmann citados y resolviendo todas nuestras dificultades relacionadas con el manejo y la recta interpretación de tales materiales. Naturalmente que los errores tanto de forma como de contenido deben ser achacados únicamente al autor.

1935, 1936), la iruhito y hancohaque (Uhle, 1895; Lehmann, 1929; Vellard, 1949), la del Desaguadero (Polo, 1901), y la ch'imu de la Bahía de Puno (Lehmann, 1929). Salvo el registro de Uhle que comprende una gramática inconclusa (*cf.* Hannss, 2008), el resto de los materiales consignados de hablantes completamente aimarizados ya se reduce básicamente al acopio del léxico y de algunos textos de tradición oral (Métraux) y de carácter testimonial (Vellard). Los aportes de Uhle y Lehmann permanecen inéditos y los de Métraux y Vellard han sido publicados en francés. De todas las variedades, la chipaya ha sido la mejor beneficiada en virtud de su extraordinaria supervivencia, contándose actualmente con una gramática referencial (*cf.* Cerrón-Palomino, 2006) y un vocabulario (*cf.* Cerrón-Palomino y Ballón Aguirre, 2011).

3. El material uro de Walter Lehmann

Interesado en la averiguación de posibles relaciones genéticas entre lenguas andinas menos conocidas o pobremente documentadas, algunas de ellas ya extinguidas y otras en vías de desaparición, viaja a los Andes en 1929, entrando por el noroeste argentino a fines de octubre, y llegando a La Paz y a Puno en noviembre, para pasar, en diciembre del mismo año, al pueblo de Eten, en la costa norteña peruana, por entonces el último reducto de la lengua mochica. El objetivo principal de tan largo periplo era recoger materiales del uro y del mochica, aunque no pierde la oportunidad de hacer lo propio con el quechua, durante su viaje por tren de Argentina a La Paz. Tal como parece haber sido su práctica en sus viajes a los pueblos centroamericanos, Lehman no demoraba en los lugares que visitaba sino uno o dos días a lo sumo, trabajando por lo general con uno o dos informantes en escasamente una o dos sesiones (*cf.* Dürr, 1993). Premunido de una lista léxica de palabras castellanas, preparada en forma *ad hoc* para cada entrevista, el investigador, una vez llegado al lugar elegido, buscaba de inmediato la asistencia de un intérprete, cuando era necesario, para buscar informantes y comenzar con sus entrevistas. En el caso del uro, la lengua intermediaria entre el

informante y el intérprete fue la aimara, y entre este y el investigador el castellano.

El material uro recogido por Lehmann en su periplo altiplánico, y que se encuentra en forma inédita en los fondos del archivo Uhle-Lehmann del Instituto Iberoamericano de Berlín, consta básicamente, y por lo que aquí nos interesa, de las siguientes tres listas léxicas: (a) el vocabulario uro de Ancohaque, de 26 folios, y que fue recogido en el lugar mencionado el 12 de octubre de 1929, cuya versión en limpio fue preparada al día siguiente, y que contiene una lista de 473 entradas enumeradas corrientemente, entre lexemas, paralexemas, el léxico textil, y algunos paradigmas tanto nominales como verbales; (b) el vocabulario del *ts'imu*, de 28 folios, compilado el 26 de octubre de 1929, cuya pasada en limpio fue hecha en el puerto de Mejillones, a bordo del vapor « Orduña » el 19 de noviembre de 1929, y que contiene 320 entradas, en cuya numeración no han sido tomadas en cuenta, a diferencia del vocabulario anterior, los elementos integrantes del sistema numeral y de los paradigmas registrados, y (c) el vocabulario comparado *ts'imu*-ancohaque, que viene a ser el vaciado del léxico de la segunda variedad en el de la primera efectuado el 19 de noviembre, con 32 folios, sin numeración de entradas (que enumeradas trae 211), dejando sin contar el léxico del telar, la numeralia y los paradigmas gramaticales registrados. Los materiales (a) y (c) contienen, el primero 5 folios adicionales, y el segundo, una carilla de más. En ellas, el investigador ensaya listas comparativas del uro, del puquina, del atacameño y del mochica, que cree sugieren relaciones de parentesco, naturalmente sin mayor elaboración.

4. El uro de la Bahía de Puno

La variedad de uro hablada en la ensenada de Puno, a ocho kilómetros de la ciudad altiplánica, y más exactamente a orillas del lago y entre los peñoles que le sirven de contrafuerte, era designada con el mismo nombre de la aldea de pescadores que la habitaban: *Ts'imu*, en pronunciación nativa, y *Ch'imu* en su versión aimarizada y castellanizada. Por la época en que fue registrada por primera vez es de suponer que se encontraba en franco proceso de suplantación por

parte del aimara, como ocurría con todos los dialectos congéneres de la lengua tanto en las islas y contornos de los lagos Titicaca y Poopó como a lo largo del río Desaguadero que los conectaba. Tal es la situación en que la encuentra en 1929 el conocido americanista germano, especialista en lenguas mesoamericanas, Walter Lehmann.

En efecto, la noche del 25 de octubre de 1929 llega Lehmann a Puno, procedente de La Paz, y al día siguiente procede a indagar sobre los hablantes de uro ante las autoridades locales, quienes le aseguran que la información podía proporcionarles el señor Eustaquio Rodríguez Aweranka, conocido poeta trilingüe quechua, aimara y castellano, quien se encontraba justamente en la plaza principal de la ciudad. Habiendo tomado contacto con él, pronto se enteró de que podía encontrar hablantes de uro entre los pobladores de Ch'imu y de Ichu, a pocos kilómetros de la ciudad, al mismo tiempo que lograba convencerlo para que lo asistiera como intérprete. Se dirige entonces a la aldea de Ch'imu el investigador, esta vez en compañía del poeta juliaqueño, en busca de los hablantes de la lengua. Como ocurre en casos semejantes, pregunta por la máxima autoridad del villorrio, que en este caso resultó siendo el alcalde don Nicolás Valcuna, quien se encontraba al lado de su padre Florentino y la señora Juanita Cuno, su madre. Tras constatar que todos ellos, si bien de lengua aimara predominante, tenían un conocimiento del uro, el investigador germano decidió trabajar con los dos varones, primeramente con el padre en la misma localidad de Ch'imu, y luego con el hijo, en el hotel puneño en que se había alojado, y de quienes obtuvo el material que luego examinaremos.

Ahora bien, el aporte de Lehmann demuestra que por la fecha en que visita Puno todavía era posible encontrar hablantes de la lengua. De allí que no deja de extrañar que don Emilio Romero, nada menos que destacado economista de origen chucuiteño, no advirtiera que tras el aimara a flor de labios de los lugareños palpitaba aún el uro entre sus pobladores. Lejos de indagar por la supervivencia de la lengua en su valiosa monografía sobre Puno, se limita a señalar su partida de defunción, en los siguientes términos:

« Los uros de Ccapi [moradores de los extensos totorales entre la bahía de Puno y la península de Capachica] hablan aimara: han olvidado su lengua primitiva; pero basta verlos y compararlos con los aimaras de tierra firme para notar la diferencia que en ellos existe » (*cf.* Romero, 1928 : 165).

Y si algo nos tiene que decir de la lengua es para comentar el trabajo de acopio léxico efectuado por José Toribio Polo en sus periplos por el Desaguadero peruano-boliviano y sus islas a fines del siglo XIX (*cf.* Polo, 1901), así como el esfuerzo similar desplegado por Posnansky en sus visitas a Chipaya (*cf.* Posnansky, 1915, 1924), para contentarse con reproducir el conocido cuadro comparativo numérico de Polo, en el que busca demostrar que el uro y el puquina eran lenguas distintas --primicia que no sería confirmada sino en la segunda mitad del sigloXX--, así como entresacar, a modo de ilustración de la lengua, una lista de 50 vocablos tomados del mismo trabajo del estudioso iqueño (*cf.* Romero, *op. cit.*, 166).

Veinte años después de la visita a Puno de Lehmann se dirige allí otro gran estudioso de la lengua, esta vez el etnógrafo francés Jehan Vellard, quien pasará distintas temporadas recogiendo materiales del uro de Ancohaque, ya en proceso de inminente extinción. El testimonio del investigador galo respecto del uro de la bahía puneña, transcurridos cuatro lustros después de la fugaz visita del lingüista germano, no podía ser menos dramático y realista, según se puede leer en nuestro epígrafe. La pérdida de los rasgos fenotípicos y culturales propios de los uros, para emplear los conceptos evolucionistas de la época, había acarreado también, entre ellos, la obliteración de su lengua. Dice, en efecto, Vellard:

“La evolución de este grupo [los uros de la bahía de Puno] se nota mejor aún en el dominio del lenguaje así como en su tipo físico. Su lengua actual es casi una jerga, mezcla de algunas palabras de origen uro, de aimara y de quechua, que explica su posición fronteriza en el límite de estas dos últimas lenguas indígenas” (Vellard, *op. cit.*, 113).

Si bien estamos ante una apreciación de conjunto, sin el menor respaldo empírico que habríamos esperado, pensamos que la observación formulada no dejaba de tener sustento, ya que la observación formulada no dejaba de tener sustento, ya que la probarían dos hechos comprobados por el mismo autor: por un lado, la competencia idiomática aún vigente de la lengua por parte de los informantes uros de Ancohaque con los que el investigador francés venía trabajando; y, por el otro, la extinción total de la variedad puneña que sobrevendría poco después, y cuyos estertores los describe precisamente al caracterizarla como una jerigonza.

Ahora bien, dentro del panorama descrito, resulta invaluable el empeño de Lehmann por registrar el uro de Ch'imu en la breve pero memorable faena de campo realizada, ya que, gracias a dicha valiosa contribución, podemos hoy contar con el único testimonio de su existencia. En tal sentido, su legado es inconmensurable, especialmente para quienes, como los descendientes de la otrora aldea de pescadores, todavía se consideran culturalmente uros, a pesar de haber perdido el idioma de sus ancestros.

5. El material ts'imu de Lehmann

Tal como se mencionó en § 2, el vocabulario del *ts'imu* recogido por Lehmann consta de 28 folios, el mismo que consigna 320 entradas léxicas y paralexemáticas, sin contar el léxico del sistema numeral ni los paradigmas escuetos del sistema nominal y verbal igualmente registrados. Se trata de una lista de palabras castellanas por cuyos equivalentes se indaga entre los informantes, y que no parece haber sido seleccionada siguiendo un orden establecido, atendiendo a su forma (orden alfabético, por ejemplo) o a su temática (verbigracia, en campos semánticos). La preparación de listas léxicas de manera expofesa para cada encuesta parece haber sido una práctica del investigador, pues, por ejemplo, la empleada en su trabajo de campo con los últimos vestigios del mochica (noviembre de 1929), luego de su visita a Puno, no tiene nada que ver con la que venimos examinando.

Comparado el material léxico original con su versión en limpio se advierte en esta una compaginación más ordenada, a la par de una organización alfabética relativamente mejor cuidada del material. La numeración de las entradas, sin embargo, sigue siendo algo desordenada, pues aparte de una que otra repetición numérica, el autor no parece haberse decidido entre, por ejemplo, introducir los paradigmas que recoge bajo un solo número guía o enumerar por separado cada uno de sus componentes. Por lo demás, ignoramos por qué se incluye también en el material el léxico del telar que, tras inspección, resulta idéntico al del iruhito recogido previamente por el mismo investigador. En cambio, las repeticiones frecuentes de entradas del léxico obedecen, sin duda, al hecho de que se duplican por su distinta proveniencia, ya sea del informante Florentino Valcuna o de su hijo Nicolás, según se puede verificar en el manuscrito original. No siempre, sin embargo, estamos ante palabras distintas sino también ante meras variantes de pronunciación; finalmente, hay situaciones en las cuales se dan voces específicas para un concepto genérico o hiperónimo (como en el caso de *papa*, *pez*, etcétera).

De otro lado, un hecho que llama poderosamente la atención en la composición de dicho léxico es la ausencia total de verbos, tanto que si no fuera por el registro de algunas frases, en las que emergen fortuitamente (unos dos), y por la consignación de fragmentos de paradigma verbal (donde aparecen otros dos), no tendríamos ninguna ilustración de su existencia en la variedad recogida. Esta negligencia, por llamarla de alguna manera, parece haber sido una constante en nuestro investigador, pues la misma ausencia, aunque en menor medida, se deja notar en su vocabulario mochica (*cf.* Schumacher 1991: 2). Destaquemos, sin embargo, que la lista que nos ocupa es sensible al contexto investigado, en tanto que está integrada de términos propios no solo de la realidad americana sino, más específicamente, andina (al incorporar voces como *papa*, *oca*, *quinua*, *tunta*, *tatora*, etcétera). Por lo demás, el investigador es consciente de que muchos de los vocablos y expresiones registradas proceden del aimara, como lo demuestran ciertas marcas (unas aspás) o algunas indicaciones explícitas al respecto.

Desde el punto de vista de su notación, tal como ha sido señalado para otros registros previos suyos, el autor echó mano de los símbolos propuestos por él mismo en sus estudios sobre las lenguas centroamericanas, con ciertos ajustes exigidos por la lengua consignada (*cf.* Lehmann, 1920: 9-10). En general, aparte de su propensión a la hipodiferenciación de algunas consonantes de la lengua, cosa que veremos en la sección siguiente, hay que señalar que su transcripción, en especial de las vocales, es profusamente cerrada, tal como se ha señalado igualmente para los materiales inéditos del fondo Lehmann estudiados por Dürr (1993).

Para una evaluación más efectiva del material hemos procedido a reorganizarlo encarando dos aspectos que caracterizaban la lista: sus repeticiones y su indistinción entre palabras y frases o expresiones complejas. Veamos cada uno de tales tratamientos.

En cuanto al primer punto, hemos optado por juntar los elementos repetidos dándoles, por un lado, una misma numeración allí donde nos encontrábamos ante meras variantes notacionales de una misma palabra, pero asignándoles un dígito distinto cuando se trataba de diferentes voces (casi siempre préstamos o nombres particulares de especies). La duplicación con entradas diferentes, como se dijo, obedece a que estas fueron recogidas tanto de labios del padre (don Florentino) como del hijo (don Nicolás). Hemos encontrado hasta 20 duplicaciones de este tipo, en 16 de las cuales, por paradójico que ello sea, las formas proporcionadas por el hijo son las más genuinas, en tanto que las del padre son mayormente de procedencia aimara; solo en 3 de ellas la situación ocurre al revés, y en una la variación no parece ser solamente fonética. En cuanto a la duplicación de meras variantes de una misma palabra, hemos contabilizado hasta 6, aunque en una de ellas no se advierte diferencia de notación alguna (posiblemente se trate de una omisión del detalle en el copiado del investigador).

Por lo que respecta al segundo punto, hemos extraído del corpus indiferenciado las frases y expresiones contenidas en él para agruparlas en una sección aparte, al lado de los fragmentos de paradigmas y del léxico del sistema numérico registrados en forma

separada por el propio Lehmann. Depurado el material en los términos mencionados, la nueva lista léxica, esta vez reordenada, comprende 265 lexemas.

Como fuera señalado previamente, Lehmann advirtió la presencia de palabras y expresiones aimaras en el corpus recogido, lo cual no lo habría sorprendido desde el momento en que sus informantes, como él mismo anota en su cuaderno de apuntes, tenían al aimara como lengua predominante. Sin embargo, no siempre tuvo el acierto en detectar no solo los aimarismos sino incluso los hispanismos (al menos en un caso). Por nuestra parte hemos podido identificar, concentrándonos únicamente en la lista léxica depurada, los siguientes tipos de préstamos: 41 voces aimaras, lo cual constituye el 15.47% de la misma; 15 palabras quechumaras (compartidas por el quechua y el aimara), o sea un 5.66%; 13 puquinismos, lo que da un 4.90%; 8 quechuisms, o sea un 3.07%; y, finalmente, solo 4 hispanismos. La fuerte presencia de aimarismos y la cantidad no desdeñable de puquinismos se explican naturalmente por los contactos del uro con ambas lenguas, primeramente con el puquina y con el aimara después. Señalemos, incidentalmente, que la detección de puquinismos es algo que solo en estos últimos años puede hacerse, y en forma tentativa, como resultado del afinamiento del trabajo etimológico aplicado a las lenguas andinas. Sobra decir que la identificación de puquinismos dentro del aimara sureño es una tarea urgente

6. Análisis y restitución del corpus

Interpretar rectamente un material único y escueto, registrado en el segundo decenio del siglo pasado en apenas una sesión de trabajo y para una lengua en vías de extinción, como en el presente caso, constituye una tarea ciertamente muy difícil y riesgosa. Y en verdad lo mismo puede decirse de todos los materiales uros disponibles para las otras variedades de la lengua, algunos de los cuales fueron recogidos por más de una persona, y en distintos momentos. La nota común de tales aportes es el hecho de haber sido registrados, cuando no por simples aficionados (los casos de Polo y Posnansky), por estudiosos que respondían a una formación más bien filológica (Uhle) o

etnolingüística (Lehmann, Métraux y Vellard), antes que propiamente lingüística. A raíz de ello, y como resultado de las distintas convenciones de representación escrita empleadas, sin mencionar el mayor o menor esmero seguido en cada registro, nos encontramos ante unos materiales de diverso grado de confiabilidad en cuanto al rigor de su notación, y el de Lehmann no escapa a esta caracterización.

Sin embargo, como lo hemos venido señalando en trabajos previos relativos al uro (*cf.* Cerrón-Palomino, 2007, 2008), la consulta del chipaya, la única variedad sobreviviente de la lengua, constituye la mejor bitácora para controlar, y ulteriormente interpretar, los datos proporcionados por los materiales de la etapa que hemos designado como «pre-lingüística». En efecto, tomando como elemento de control la gramática y el vocabulario del chipaya podemos ahora examinar y tratar de interpretar el material del *ts'imu* tal como nos lo ha proporcionado Lehmann.

Teniendo en cuenta el cartabón idiomático mencionado, en las subsecciones que siguen nos ocuparemos de los aspectos fonológico y gramatical de la lengua, según puedan inferirse a partir de la interpretación que hagamos de los materiales examinados.²

6.1. Aspectos fonológicos

En cuanto al sistema de sonidos de la lengua, para referirnos solo a las unidades segmentales que lo conforman, ya que la información que tenemos acerca del fenómeno prosódico de la acentuación, básicamente llana o grave, corroborada además por el chipaya, no parece presentar mayores problemas, nos detendremos en la consideración de las vocales, pero sobre todo en la de las consonantes.

En cuanto a la transcripción del sistema vocálico, tal como fuera advertido por Dürr respecto del material mixteco de Lehmann (*cf.* Dürr, *art. cit.*, § 2.1), se nota una marcada tendencia hiperanalítica,

² Concluido el presente estudio, nos enteramos del trabajo de Katja Hanns (2014) sobre el mismo tema tratado aquí. Ciertamente, son muchos los puntos de coincidencia entre ambas propuestas de análisis e interpretación, y es natural también que haya espacio para las discrepancias, comenzando por el distinto enfoque interpretativo que seguimos (en nuestro caso, tomando al chipaya como “elemento de control”).

solventada por una proliferación de diacríticos, con aparentes distinciones entre vocales breves y largas que, contrastadas con las del chipaya, no vienen al caso, pero que en cambio parece reflejar, el registro esporádico de la existencia, si bien puramente fonética, de vocales sordas (representadas con letras voladillas entre paréntesis). Lo que queda claro, sin embargo, es la presencia de las vocales medias /e, o/, no como meras variantes de sus respectivas altas, como ocurre en el quechua y en el aimara, sino como unidades funcionales autónomas, a semejanza de lo que acontece en el chipaya. Lo prueban ejemplos como <!péstā> ‘pozo’ y <măchéña> ‘día’, por un lado, y <tšóki> ‘espina’ y <χólka> ‘collar’, por el otro, a estar por sus cognados chipayas /p^heta/, /max(a)/, /čoki/ y /horkiṣa/, respectivamente. Todo ello da pie para postular un sistema pentavocálico para la lengua, integrado por las vocales /i, e, a, o, u/. Por lo demás, según se adelantó, la longura vocálica registrada por Lehmann se explica, por un lado, como una falsa percepción de la aspiración de las consonantes oclusivas (*cf* <tūni ~ tōni ~ tūñi> ‘sol’ *vis-à-vis* chipaya /t^huñi/); y, por el otro, como el resultado de una monoptongación (así en <sé k’ára> ‘mano derecha’ frente a su correspondiente chipaya /ṣew q^hara/).

Por lo que respecta al sistema consonántico, habrá que reconocer el carácter particularmente errático de la notación de Lehmann en cuatro aspectos genuinos de la fonología uro, a saber: (a) la distinción velar-postvelar; (b) la discriminación de la serie de africadas; (c) la diferenciación de las laringalizadas (aspiradas y glotalizadas); y (d) la distinción de las sibilantes.

En cuanto a la oposición velar-postvelar, que la variedad registraba sin duda alguna, y que el investigador germano representaba con <c> y <k>, respectivamente, no es infrecuente encontrar ejemplos que muestran su confusión. Tales son los casos de <tšóki> ‘cardo’, <khúla> ‘quinua’, <yúki> ‘cara’, etcétera, que se corresponden con sus cognadas chipayas /čoki/, /kula/ y /yuk(i)/, respectivamente. Por lo que toca a las africadas, que la variedad distinguía entre la alveolar /ts/, la palatal /č/ y la retrofleja /č/, notamos igualmente frecuentes confusiones, como en los casos de <páχtši>

‘hígado’, <tšúntša> ‘cejas’, <tšáua> ‘granizo’, <tš'áχ^{niě}> ‘ojos’ y <tšāras úk'ās>, etcétera, frente a sus correspondientes chipayas /p^haxts/, / tsems/, / tsawa/, /č^huki/ y /č^heri-š ek-š/, respectivamente. No se descarta, en el presente caso, la tendencia a la fusión de las africadas alveolar y retrofleja en favor de la palatal por presión del aimara sureño, que perdió tales distinciones. En lo que respecta a las laringalizadas, que la variedad distinguía entre aspiradas y glotalizadas, observamos o bien una confusión entre ellas, como en los casos de <k'ára> ‘mano’ y <k'úni> ‘orejas’ a la luz de sus correlatos chipayas /q^hara/ y /k^huñi/, respectivamente; o bien formas hiperanalizadas como <t'úna> ‘pampa’, <thóthǎ> ‘espalda’ y <thák'io> ‘palabra’ frente a sus correspondientes chipayas /tuna/, /tota/ y / taqu/, respectivamente; o bien, finalmente, en el caso de las glotalizadas, no se las advierte, salvo esporádicamente, como en los casos de <tš'útš'ū> ‘espuma’, <tš'átǎ> ‘perro’ y <k'éχo-k'éχo> ‘rayo’, frente a sus cognadas chipayas /č'utu/, /č'at-š/ ‘morder’ y /q'exw-q'exw-ñi/, respectivamente. De paso, no deja de sorprender los desaciertos de Lehmann tanto en este punto como en el de la hipodiferenciación de velares y postvelares, ya que, habiendo tenido experiencia previa con lenguas mayas (cf. Campbell, 1997: cap. 5, 162-166), debió haber estado algo familiarizado con ellas. Finalmente, en cuanto a las sibilantes, hay evidencia de que el *ts'imu*, al igual que el resto de sus congéneres, hacía distinción entre tres sibilantes: apical, dorsal y retrofleja. Lo que se advierte en el material examinado es, sin embargo, una hipodiferenciación de las mismas en favor de la dorsal, lo cual, como en el caso de las africadas, puede estar indicando también una tendencia hacia su fusión debido a la presión de los hábitos articulatorios del aimara sureño. De esta manera, por un lado, voces como <kóási> ‘agua’, <síp'ǎ> ‘barba’, <lósē> ‘cántaro’ se corresponden con /q^hwaš/, /šipš/ y /luyš/, respectivamente, del chipaya; y, de otro lado, palabras como <ískē> ‘diente’, <súnē> ‘hombre’ y <áskīs> ‘lejos’, responden a sus equivalentes chipayas /išqe/, / šoñi/ y / ašqen/, respectivamente. Asimismo, el registro de algunos segmentos por medio de las grafías <ž> y <dž>, como en <kíži> ‘cuero’ y <kídži> ‘papa’, es una muestra más del desconcierto

del autor por representar la sibilante apical, a estar por sus cognados chipayas /qiʃi/ y /ʃqiʃi/, respectivamente.

Por otra parte, debemos señalar que la lista de Lehmann muestra indicios del registro del fonema /ʎ/, lateral velar, como puede verse en la notación <χúl^ho> 'totora', evidente cognado del chipaya /ʎuwa/ (cf. también la voz <ũáχsē> 'sobaco' frente a su correlato chipaya /ʎaks/). Del mismo modo, el material parece registrar la presencia de consonantes labiovelarizadas, aun cuando solo nos ha sido posible identificar una raíz, que por su notación vacilante como <[kõási] hũáse> ~ <kõási> 'agua', podría estar indicándonos que estamos muy cerca de su equivalente chipaya /q^hwaʃ/. La evidencia muestra, incidentalmente, que incluso en esta variedad los segmentos labiovelares estaban en franco proceso de simplificación (cf. Cerrón-Palomino, 2007: § 4.1.5).

Por lo demás, ocasionales recursos a o <g>, como en <kōkōba> 'madre' y <tšíngē> 'órgano sexual femenino' deben ser igualmente notaciones erráticas de segmentos sordos, como seguramente lo es en la segunda voz, tomada del aimara (cf. /činqi/).

Seguidamente ofrecemos los cuadros vocálicos y consonánticos « restituidos » a partir de los materiales de Lehmann, los mismos que postulamos para la variedad del uro de la Bahía de Puno:

(a) Sistema vocálico

i	u
e	o
a	

(a) Sistema consonántico

p	t	ts	č	č̂	k	q
p ^h	t ^h	ts ^h	č ^h	č̂ ^h	k ^h	q ^h
p'	t'	ts'	č'	č̂'	k'	q'
	ʃ	s		š̂		χ h
m	n		ñ			
	l		λ		ł	
	r					
w			y			

6.2. Aspectos morfosintácticos

Nuestra discusión sobre los aspectos de la morfología y de la sintaxis de la variedad estudiada se hará, a falta de mayor material, sobre la base del análisis de las frases y expresiones que incluye la lista, así como de los fragmentos de paradigmas nominal y verbal recogidos por el autor. Como en el caso del análisis fonológico ofrecido, aquí también echaremos mano de la información que tenemos del chipaya, como elemento de control. En lo referente a las frases y expresiones, estas han sido clasificadas, etimológicamente, en (a) expresiones genuinas de la lengua (8), (b) expresiones híbridas uro-aimaras (12), y (c) expresiones puramente aimaras (14). En lo que sigue nos ocuparemos solo de las dos primeras clases de frases mencionadas.

En cuanto a las frases y expresiones genuinas del ts'imu, encontramos dos frases nominales adjetivas: <lára tšutšúña>, glosada como 'malo', aunque literalmente significa 'no bueno' (*cf.* chipaya /ana č^huñi/), donde el modificador <lara> es una errata obvia de copiado; y <sē k'ára> 'mano derecha' (*cf.* con su equivalente chipaya /šew q^hara/); una frase nominal atributiva: <hũási-tšũχ>, que se traduce como 'gota', pero que en verdad significa 'gota de agua' (*cf.* chipaya /q^hwaš č̂^hoxi/); una frase adverbial: <kúya lűsk'ă>, que Lehmann traduce como 'en dentro de la casa', y que probablemente conlleva una forma nominalizada del verbo 'entrar', que en chipaya es

/luʃ/ (cf. /qhuya luʃ/ ‘entrar en casa’); dos nominalizaciones de oraciones agentivas con objeto: <ípi-páka> ‘el que tiene padre’ y <máχsi-páka> ‘el que tiene piedras’, en las que puede aislarse el verbo ‘tener’ o ‘poseer’, y que tendría alguna relación con el verbo chipaya /pāʃ/ ‘hacer, engendrar’. Encontramos también dos oraciones: <tšáras ũk’ās>, que el investigador glosa como ‘hambre’, aunque con el suscrito aclaratorio de ‘yo tengo’, donde, en efecto, parece tratarse de una forma conjugada con objeto incorporado, equivalente del chipaya /čheri-š ēk-ča/, donde /čher-i/ es ‘alimento, comida’; la otra oración, dada como simple equivalente de ‘eclipse’, es <túnis tíki>, que debe glosarse mejor como ‘muerte del sol’ (cf. chipaya /t^huñi-š tik-i/. Podríamos agregar a estos ejemplos, el de <hũási-ŭlánta> ‘fuente’, que literalmente significa ‘salida de agua’, donde el verbo nativo (cf. chipaya /ulan-ʃ/ ‘salir, emerger’) aparece nominalizado por el sufijo aimara –ta).

Por lo que respecta a las expresiones híbridas uro-aimaras, contamos con tres frases nominales en las que el núcleo es uro: <hátša ísnē> ‘pulgar’ (lit. ‘dedo grande’, donde <ísnē> es ‘dedo’; cf. /isñi/ ‘uña’ en chipaya); <tš’ékā k’ára> ‘mano izquierda’ (cf. /q^hara/ ‘mano’), <íšk’a lála> ‘pequeño’ (donde /lala/ debe ser ‘niño’), y <má^as sũne ~ máya sũne ~ sũma sũne> ‘buen amigo’ (cf. /šoñi/ ‘hombre’); otras tres, en las que el modificador es un elemento uro: <tš’ímu lakáχa> ‘el idioma de Ch’imu’ (donde el núcleo aimara *laka* ‘boca’, conlleva el topicalizador -xa), <ts’ímu háke> ‘gente de Ch’imu’ y <kúya ũyu> ‘techo de la casa’ [sic] (que se ofrece como equivalente de la frase aimara <úta-ũyu>, y que, por tanto, debe interpretarse como referido al patio interno de la casa); y dos frases con verbo aimara nominalizado: <ũätš’éka halánta> ‘norte’, que Lehmann precisa como que alude “a la izquierda” (es decir /č’iqa/ ‘izquierda’), pero que al mismo tiempo parece contener la palabra <ũät> ‘pueblo’, y donde *halanta* se glosa como ‘ocaso’ en aimara); y <hũlí halánta> ‘sur’, referido “a la derecha”, aun cuando la voz uro /wili/ (de origen puquina) se glosa como ‘parte trasera’. Finalmente, encontramos dos oraciones, a saber: <púri mára ũlíngo tšái túma>, vertida al castellano como “el pasado se va por delante” y <ítša mára hīk!áni sái túma> “el

futuro queda por detrás”. En ambos casos el verbo es la raíz quechumara *tuma-* ‘dar vueltas, rodear’, los sujetos son <púri mára> ‘año ido’ (cf. <pur-i>, con participio chipaya) y <ítša mára> (cf. aimara *hichha mara* ‘presente año’); y en ambos casos la meta del verbo de movimiento aparece con el declarativo uro <-tšái ~ -sái> (cf. chipaya /-çay/): <ũlíngo tšái> y <hīk!áni sái>. Las glosas de Lehmann, por lo demás, reflejan la conocida metáfora del tiempo aimara, según la cual justamente ‘el pasado está delante’ y el futuro ‘queda atrás’.

En cuanto a los paradigmas, comenzaremos a examinar, primeramente, el nominal. Dos son las versiones de las referencias de posesión que proporciona Lehmann, correspondientes a la de sus dos informantes, según sus notas de campo: la de Nicolás Valcuna, hijo, y la del padre, Florentino Valcuna. La versión del primero es la siguiente:

<ũik'ũña kūyága>	'mi casa'
<ámp kūyág ^(á) >	'tu casa'
<ãnçát kūyág ^(ã) >	'su casa'
<ũts'ũña kūyág ^(ã) >	'nuestra casa'
<ãntsõxo kūyág ^(ã) >	'la casa de ustedes'
<nĩui-náka kūyág ^(ã) >	'su casa de ellos'

Lo primero que observamos en el paradigma es que el objeto poseído, es decir <kūya> ‘casa’, porta a manera de énfasis, el topicalizador aimara, en su versión más conservada *-qa*, cuya consonante inicial es interpretada, impresionistamente, como sonora (nótese, de paso, el ensordecimiento de la vocal). En segundo lugar, el elemento poseedor está formado por el sistema pronominal de la lengua, en su versión local, el mismo que puede identificarse tentativamente como: <ũik'u> ‘yo’, <ámp> ‘tú’, <ãn> ‘él/ ella’, <ũts'ũ(m)> ‘nosotros’ (cf. chipaya /uçum/), <ãntsõxo> ‘ustedes’ (/amçuk/ en chipaya) y <nĩui> ‘ellos’ (cf. chipaya (/nĩ/), en ambos casos con el plural aimara *-naka*. El elemento <-ña> que recurre con la primera persona, tanto singular como plural, podría ser una versión del genitivo aimara *-na*; y la porción <-çát(a)> adosada al pronombre

de tercera persona vendría a ser el enfático aimara *-xata*. Como se puede apreciar, se trata de un sistema seriamente erosionado en cuanto a su componente nativo, reinterpretado en parte con una fuerte impronta aimara. No se ve en él restos de la marca genitiva nativa, que era obligatoria en las frases de posesión, de manera que ésta parece hacerse por simple yuxtaposición.

La versión de don Florentino Valcuna es menos elaborada, y contra lo esperable, se muestra más aimarizada que la de su hijo, como se puede ver en el paradigma reproducido aquí:

<kūyá-ga>	'mi casa' (cf. suf. A <i>-xa</i>)
<kūyá-mái>	'tu casa' (cf. suf. A <i>-ma</i> + enfático)
<kūyá-pa>	'su casa' (cf. suf. A <i>-pa</i>)
<tš'ímū kūyá-ga>	'nuestra casa' (lit. casa de los chimus)

Lo que vemos allí es una flexión aimara del sustantivo <kūya> 'casa', que recibe las marcas de las tres primeras personas del singular: *-xa* (escrita de manera errática) 'primera persona', *-ma* 'segunda persona' (con énfasis) y *-pa* 'tercera persona'. La última expresión, <tš'ímū kūyá-ga>, que Lehmann glosa como "nuestra casa" significa en verdad 'la casa de los ch'imus' (nótese, de paso, la pronunciación aimarizada del etnónimo), en construcción puramente yuxtapuesta, sin marca genitiva de posesión.

En lo que respecta a los paradigmas verbales, tres son los consignados por nuestro investigador: los del verbo 'ser', 'comer' y 'dar'. Como se mencionó, encontrar esta clase de paradigmas en una lista que responde a un cuestionario que solo busca registrar nombres (y adjetivos y adverbios, a lo sumo) resulta gratificante, pues, fuera de ello, apenas pueden extraerse algunos otros verbos (no más de media decena) que se deslizan en determinadas expresiones o frases hechas. Examinemos brevemente tales paradigmas.

En cuanto a la conjugación del verbo 'ser', se nos proporciona el siguiente paradigma:

<ũitr ^(ã) >	'soy'
<áma>	'eres'
<ãñáta>	'es'
<ũíts'úña>	'somos'
<ántšókō>	'sois'
<níui-náka>	'son'

En verdad, lejos de tener al frente un paradigma verbal, estamos ante enunciados puramente pronominales con verbo pragmáticamente elidido. No encontramos, pues, en la lista ningún resto manifiesto del verbo ser, y, a lo sumo, volvemos a toparnos con una variante del paradigma pronominal visto en secciones previas. En nuestras pesquisas del verbo copulativo (*cf.* /khi-ş/ ‘ser’ y /şel-ş/ ‘estar’ en chipaya) solo pudimos encontrar la expresión <ts’aitšu>, glosada como “yo soy” por Lehmann, precediendo el paradigma de arriba, en su lista original (no en la versión copiada, donde aparece entremezclada con nombres comunes). Sin embargo, tal parece que estamos ante una forma errática o descontextualizada, pues no alcanzamos a identificar en ella ningún rastro ni pronominal ni verbal.

También se nos proporciona las formas del pasado de primera persona: <ũíts’íngãñē> ‘yo era’, así como las versiones negativas del presente y del pasado en la misma persona: <ũíts’ē ára> ‘yo no soy’ y <ũíts’- íngãñ- íra> ‘yo no era’. Se advierte, en las formas del pasado, la presencia de la marca habitual, que en chipaya es *-iñ* (ver Cerrón-Palomino, 2006: cap. VI, § 1.3.2); y en las expresiones negativas, el negador <ára> y su variante (*cf.* chipaya /ana/), con la particularidad de que puede aparecer al final (*cf.* también <súne áre> ‘enemigo’, glosado literalmente por el investigador como “amigo no”). En todas ellas, como en los ejemplos casos previamente examinados, resulta difícil identificar al verbo ser.

Por lo que respecta al verbo ‘comer’, tenemos el siguiente paradigma:

<ũĩtš sīn[tata]>	'yo como' (< A <i>sin-t'a-t^ha</i>)
<[húma] sīn[tata] ~	'tú comes' (< A <i>huma sin-t'a-ta</i>)
<áma ĩndiran[tata] >	
<ányáta ĩndirán ~ ĩndră>	'él come'

En primer lugar, es de advertir que Lehmann ofrece, en su versión original, el paradigma libre de todo elemento encorchetado. El motivo de las versiones ampliadas que ofrece en la copia en limpio que manejamos es posible que responda al hecho de que el investigador haya advertido que la terminación <[-tata]> era analizable como la secuencia de sufijos aimara *-t'a-ta* 'inceptivo-primer persona/segunda persona' (ver también el encorchetado del pronombre aimara *huma* 'segunda persona'). De esta manera, libres del encorchetado, las formas se mostrarían en su versión más originaria. Aclarado el asunto, tenemos ahora al frente dos raíces verbales para 'comer', una tomada del castellano *cenar* (préstamo común en varios dialectos quechuas), reducido a <sin->, que el investigador no advirtió; y el otro, <ĩndră>, una raíz nativa que podría interpretarse como /inča-/ , sin cognado identificable en los demás dialectos de la lengua. Por lo demás, que el aimara estaba a flor de boca entre los informantes, lo demuestra el hecho de que, al ser preguntados por el equivalente de 'comida', proporcionan <sĩntăñănē>, sin advenir el alcance de la pregunta, cuando en verdad la expresión aimara significa 'comamos' (/sin-t'a-ña:ni/).

Finalmente, tenemos el paradigma del verbo 'dar', no solo en su forma simple sino incluso en su versión interactiva o "transicional". La raíz verbal es fácilmente identificable como <tá->, cognado de su equivalente chipaya /thā-/ , con vocal larga que parece habersele escapado a Lehmann, tan minucioso como es en sus transcripciones. El paradigma simple es el siguiente:

<ũĩtš tárē>	'yo doy'
<áma tárē>	'tú das'
<ányáta tárē>	'él da'

<ũĩťš'ũña tárē>	'nosotros damos'
<ántšóko tárē>	'ustedes dan'
<nĩũĩ-náca tárē>	'ellos dan'

No podemos identificar la terminación <-rē>, que sin embargo estamos tentados a considerarla como un reflejo del declarativo *-*čay*, donde la <r> podría ser una reminiscencia de la retrofleja. Por lo demás, la inmovilidad de la raíz en todas las personas es algo que no debe extrañar, pues así se comportan las formas verbales del presente absoluto (*cf.* Cerrón-Palomino, 2006: cap. VI, § 1.3.1).

En cuanto a las formas transicionales, Lehmann nos ofrece el siguiente paradigma:

<tš'áma ĩstálya>	'yo te doy'
<áma ũĩťš ĩstálya>	'tú me das'
<ánχāt ĩstálya>	'él me da'
<nĩũĩ-náca ũĩťš ĩstálya>	'ellos me dan'

donde, como puede verse, las referencias persona sujeto y objeto aparecen en sus formas pronominales respectivas. Incluso, en vista de la expresión plural de tercera persona sujeto a primera, puede restituirse sin problemas <ánχāt ũĩťš ĩstálya> 'él me da (a mí)'. Más importante es identificar en la forma verbal el prefijo <ĩs->, que marca el objeto directo, como ocurre en las variedades uro estudiadas (*cf.* chipaya /š-tā-*la*/, donde el sufijo quechumara *-lla* expresa súplica). El imperativo <ĩstálya> 'dame!', también proporcionado por Lehmann, puede analizarse ahora como /š-thā-*la*/, forma en la que ha sido suprimida la vocal protética [i] inducida por los hábitos articulatorios propios del aimara.

7. Conclusiones generales

Tras el examen de los materiales de Lehmann, es bueno terminar en este punto, destacando algunos de los aspectos mencionados a lo largo de nuestra exposición. Lo primero que debe señalarse es que nunca estará de más reconocer que, gracias al espíritu explorador de

un investigador experimentado como Lehmann, hoy podemos contar con el único material disponible que nos permite formar una idea, aunque fuera borrosa, de una variedad extinguida como el uro de la Bahía de Puno. La visita del investigador germano a la localidad de Ch'imu se realiza en un momento en el que la lengua nativa va cediendo irreversiblemente, en labios de sus pocos hablantes, ante la poderosa lengua dominante de la región: el aimara. En tal situación, fue prodigiosamente oportuna, sin sospecharlo, la visita fugaz que realiza Lehmann a la ciudad de Puno para, de inmediato, trasladarse al campo en busca de la información lingüística anhelada. No obstante el breve tiempo que dispuso el investigador en su trabajo de campo, el material consignado, al margen de ciertas omisiones, es realmente valioso e informativo. Si bien, como todos los materiales de la época, el de nuestro viajero adolece de una serie de problemas de registro que les resta confiabilidad, sobre todo a la luz de las exigencias modernas, el escrutinio efectuado sobre él demuestra que, dejando de lado ciertas sutilezas y dispensando algunas confusiones, el aporte documental de Lehmann resulta asombrosamente valioso. Hay que reconocer, sin embargo, que la justipreciación de dicha contribución solo ha sido posible mediante el procedimiento de contrastación con los materiales del chipaya, que en el presente caso han servido como elemento de control muy importante, aun a sabiendas de que estamos hablando de una variedad alejada, en el tiempo y en el espacio, de su congénere puneña.

REFERENCIAS

- CAMPBELL, Lyle
1997 *American Indian Languages. The Historical Linguistics of Native America.* New York/ Oxford: Oxford University Press.
- CERRON-PALOMINO, Rodolfo
2006 *El chipaya o la lengua de los hombres del agua.* Lima: Fondo Editorial de la PUCP.
2007 “Reconstrucción del proto-uro: fonología”. *Lexis*, XXXI (1- 2), pp. 47-104.
2008 “Max Uhle: ‘descubridor’ del chipaya”. *Lexis*, XXXII (1), pp. 109-145.
- CERRON-PALOMINO, Rodolfo y Enrique Ballón Aguirre
2011 *Chipaya: léxico y etnotaxonomía.* Lima: Fondo Editorial de la PUCP.
- CONSTENLA, Adolfo
2001 “La restitución: un método lingüístico reconstructivo sincrónico”. *Filología y Lingüística*, XXVI: 2, pp. 161-180.
- DÜRR, Michael
1993 “Los vocabularios de lenguas indígenas recogidos por Walter Lehmann en la América Latina (1907-1929)”. *Indiana*, 13, pp. 173-188.
- HANNSS, Katja
2008 *Uchumataqu. The lost language of the urus of Bolivia.* Leiden: Universidad de Leiden, CNWS Publications.
2014 “The Uru of Ch’imu: an investigation of Walter Lehmann’s material”. *STUF-Language Typology and Universals*, 67:2, pp. 175-211.

- LEHMANN, Walter
- 1920 *Zentral-Amerika. Teil I: Die Sprachen Zentral-Amerikas in ihren Beziehungen zueinander sowie zu Süd-Amerika und Mexiko.* Berlin: Verlag Dietrich Reimer (Ernst Vohsen).
- 1929 *Aufnahmen der Uro-Sprache: a) in Hãnko-hãkē und (b) in Ch'imu.* Berlin: Instituto Iberoamericano. Ms.
- 1937 *Vocabular des Uro-dialectes von Ts'imu bei Puno.* Berlin: Instituto Iberoamericano. Ms.
- MÉTRAUX, Alfred
- 1935a "Contribution à l'ethnographie et à la linguistique des Indiens uros d'Ancoqui (Bolivie)". *Journal de la Société des Américanistes*, 27, pp. 75-110.
- 1935b "Les Indiens Uru-Čipaya de Carangas". *Journal de la Société des Américanistes*, 27, pp. 111-128.
- 1935c "Les Indiens Uru-Čipaya de Carangas". *Journal de la Société des Américanistes*, 27, pp. 154-415.
- 1936 "Les Indiens Uru-Čipaya de Carangas". *Journal de la Société des Américanistes*, 28, pp. 337-394.
- MUYSKEN, Pieter C.
- 1998 "Uchumataqu: Research in Progress on the Bolivian Altiplano". *International Journal on Multicultural Societies*, 4:2, pp. 235-247.
- 2005 *El idioma uchumataqu.* Irohito. Multicopiado.
- POLO, José Toribio
- 1901 "Indios uros del Perú y Bolivia". *Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima*, Tomo X, pp. 445-482.
- POSNANSKY, Arthur
- 1915 "La lengua chipaya". Memorias presentadas al XIX Congreso Internacional de Americanistas. La Paz: Imprenta y Litografía Artística, pp. 1-27.

- 1924 “Nuevas investigaciones en Carangas (Bolivia)”.
Actas del XXI Congreso Internacional de Americanistas, pp. 85-102.
- ROMERO, Emilio
1928 *Monografía del Departamento de Puno*. Lima: Imprenta Torres Aguirre.
- SCHUMACHER DE PEÑA, Gertrud
1991 *El vocabulario mochica de Walter Lehmann (1929)*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- TORERO, Alfredo
1992 “Acerca de la familia lingüística uruquilla (uru-chipaya)”. *Revista Andina*, 19, 171-191.
- UHLE, Max
1895a “Vorbereitetes Uro Vocabular”. Berlín: Instituto Iberoamericano. Ms.
1895b “*Grundzüge einer Uro-Grammatik*”. Berlín: Instituto Iberoamericano. Ms.
- VELLARD, Jehan
1949 “Contribution a l’étude des indiens uru ou kot’suñs”. *Travaux*, I, pp. 145-209.
1950 “Contribution a l’étude des indiens uru ou kot’suñs”. *Travaux*, II, pp. 51-88.
1951 “Contribution a l’étude des indiens uru ou kot’suñs”. *Travaux*, II, pp. 3-39.
1954 *Dieux et parias des Andes*. Paris: Editions Emile-Paul.
1967 *Contribución al estudio de la lengua Uru*. Buenos Aires: UBA, Cuadernos de Lingüística Indígena 4.